

—No importa; velare como siempre, adivinándola. ¿Piensa en mí?

—Estoy seguro que, si vela, piensa en tí; si duerme, tú estás en sus sueños.

—Yo te haré rico.

—Me voy; si por casualidad llegare á salir, no le hables, aunque ella te mire; perderíamos todo: no olvides, señor, que me has prometido obedecerme durante tres dias.

—Y cumpliré.

Ginés se alejó, y Tetzahuitl quedó entre las sombras contemplando el palacio.

De repente le pareció oír ruido, y á poco una ventana se abrió y apareció en ella D^a Isabel.

—Aquella mujer sentia algo desconocido, y necesitaba el aire de la noche para refrescar el ardor de su sangre; aquella alma, presa de una emocion terrible, necesitaba ver el cielo; aquel corazon necesitaba palpitar delante de la inmensidad.

—Tetzahuitl la miraba, y los ojos penetrantes del indio descubrieron entre las manos de su dama, el brazalete de oro.

Entonces no pudo resistir, y cayó de rodillas.

A la noche siguiente, Tetzahuitl, trémulo y casi agonizante de placer, hablaba por la primera vez á la dama.

El Grillo habia cuidado de instruirle del supuesto milagro, para que D^a Isabel no llegase á saber que la habia engañado.

Tetzahuitl llenó de polvo de oro el casco mas grande que pudo encontrar el Grillo.

Los dos habian cumplido su palabra.

Así comenzaron esos ardientes amores, de que ya el lector tuvo noticia en uno de los primeros capítulos de este libro.

De cómo Gonzalo de Salazar y Peralmindes Chirino abandonaron á Cortés y regresaron á México.

LA expedicion que caminaba para las Hibueras habia llegado ya á un país en el que la naturaleza desplegaba un lujo y una fecundidad asombrosa.

Era un extenso territorio sembrado de montañas y cruzado por profundísimos barrancos.

Inmensos bosques, donde jamas habia dejado su huella la planta de un hombre, se extendian por todas partes; encinos seculares, robles y cedros elevadísimos, tendidas higueras, ceivas frondosas; todos los árboles de todos los climas se agrupaban allí, formando murallas inexpugnables; los bejucos, semejantes á fabulosas serpientes, se entretejían por todas partes; la grama crecia como los arbustos de nuestros prados, el musgo brotaba como un tapiz sobre las rocas y sobre los troncos, las plantas parásitas mecían sus encantadoras flores entre las lianas, y en medio de aquella tupida multitud de hojas y de troncos, el viento penetraba algunas veces; el sol, jamas.

Cruzaban en la sombra, y sobre alfombras de flores, arroyos cristalinos; rugían entre las peñas torrentes amenazadores y espumosos; formábanse en los prados lagos risueños y transparentes.

El mar rugía eternamente en la playa, y los ecos misteriosos de las montañas repetían sus roncós truenos con una precisión solemne y con una fidelidad aterradora y pavorosa.

De cuando en cuando, sobre aquel océano de verdura, levantaban sus enhiestos penachos algunos palmeros, que salían como á recibir los rayos de la luz, ó á buscar el dulce vaiven de los vientos.

Y aquellos bosques estaban poblados de infinitas tribus de animales; las águilas describían con su tardo vuelo inmensos círculos, cuyo objeto solo ellas podían saber; los guacamayos pintados de vivos colores, cruzaban en bandadas rozando la fronda de los árboles y dando destemplados gritos; los faisanes volaban tímidos entre el follaje, y mil aves canoras y desconocidas cantaban entre las ramas y entre la maleza.

Los tigres, los venados, los leopardos, los jabalíes, llegaban ansiosos á los ríos para apagar su sed, haciendo levantarse una nube de mariposas encantadoras, que revolaban á la orilla del agua y entre las flores.

Sobre aquel paisaje, verdaderamente fantástico, se tendía un cielo de un azul tan puro, tan transparente, tan profundo como soñamos en nuestra niñez que debe ser el cielo de los escogidos, dulce como una mirada de amor, apacible como el sentimiento de la caridad satisfecha.

Las nubes pasaban sobre aquel cielo, blancas durante el día, como limpios copos de nieve; sonrosadas en la tarde,

como rubor de una vírgen; pálidas con la luna, como la frente de un moribundo.

Un sol ardiente lanzando rayos de fuego, calcinando las rocas, inflamando la atmósfera, alumbra aquel cuadro mágico; pero sus luces, y sus rayos, y su fuego no marchitan las hojas de aquellos árboles que respiran las frescas emanaciones de la tierra regada por mil arroyos y fecundada por cien torrentes.

Las noches llegan blandas y tibias en aquel clima tropical.

Aduérmense los bosques, soplan apenas las brisas agitando el follaje, y las aguas también parecen descansar; solo el mar sigue mugiendo, como el vigilante centinela de Dios, que marca los instantes de la vida del mundo.

En la noche se consuman los misterios de los bosques, encienden sus antorchas los insectos luminosos, cantan las aves de la oscuridad, y relámpagos que se forman en la tierra, y que se reflejan sobre un cielo sin nubes, se suceden á cada momento.

Porque en esos climas, en esas selvas, el viento centellea, el ambiente tiene su luz, la noche alumbra su fiesta con la electricidad.

Pero cuando ese aliento de la tempestad que se llama el huracán, se acerca, entonces la naturaleza entera lo presiente.

Huyen las fieras, ocúltanse las aves, buscan un asilo insectos y reptiles, cierran sus pétalos las flores, y los árboles recogen sus hojas, y las lianas se estrechan á los nudosos troncos, como buscando protección.

Es que llega el momento del combate, es que también el temor á la muerte siembra el espanto en los bosques, y aves y fieras, y reptiles y árboles, y plantas y flores, sien-

ten eso impalpable que anuncia la llegada de la tormenta.

Oscura y pesada como una montaña, se levanta á lo lejos la tempestad, y avanza por el espacio con una rapidez vertiginosa; sus negras alas tienen un reflejo triste y rojizo; y como el eco de su potente voz, se oye desde lejos el rugido que nace de sus entrañas; y como anuncio de su cólera, el resplandor del rayo, que no se deja eclipsar por la luz del sol.

El huracán llega: se estremecen las selvas, se agitan y se retuercen los árboles, se azotan con furia los unos á los otros, como si emprendieran entre ellos un combate, crujen estos, gimen aquellos; arrebatada el viento hojas y ramas, y flores y maleza, y los arrastra en su curso veloz, y se alza hasta el cielo un rumor inmenso, inexplicable, indescriptible, al que responden, el mar con sus rugidos en el mundo, y en el cielo el ronco bramar de la tempestad.

Piérdese la luz del sol, despréndese el agua de los cielos formando un torrente, el rayo centellea por todas partes, y la naturaleza toda parece haber perdido su eterna armonía, y la oscuridad, y el caos, y el ruido en toda su acepción, se apoderan de aquellos países maravillosos.

Después de aquella tempestad, se espera sin duda el cataclismo, la destrucción, la nada.

El esfuerzo de la tempestad hace allí cosas increíbles y fabulosas; los peñascos se arrancan de su base y ruedan con estrépito, abriendo gigantescos surcos entre los bosques; los árboles ceden á su impulso, y se doblan y estallan; los arbustos y las yerbas desaparecen, y si en aquella caída, la roca encuentra con la roca, una de ellas se despedaza, como si fuera de cristal, y sus mil fragmentos vuelan como los cascotes de una granada que revienta.

Algunas veces, una tromba descarga su furor sobre una montaña y la divide; y donde antes habia eminencia, solo se mira después un abismo insondable; y donde existia un lago, queda luego un confuso hacinamiento de rocas y de troncos desarraigados, y de maleza; y en medio de aquello se suele descubrir el cadáver de un tigre, de un venado, de un jabalí, arrastrados hasta allí por las corrientes.

Algunas veces, la naturaleza esplendorosa del paraíso, su luz, su encanto, sus brisas perfumadas, sus aves que trinan, sus flores que admiran, sus árboles que convidan al descanso.

Otras, la tempestad, el rayo, el huracán, el ruido, el desorden, el pavor, la oscuridad, el caos.

Todo lo grande en la hermosura, todo lo sublime en el horror; todo lo desconocido en la naturaleza, todo lo primitivo, todo lo vírgen, todo lo maravilloso en lo posible.

Y por aquellos desiertos atravesaba Cortés con su expedición.

Cortés, como refiere el sencillo y franco historiador Bernal Diaz del Castillo, no era ya en lo físico el mismo hombre de los tiempos de la conquista de México.

A pesar de que aparentemente conservaba todo su vigor, su salud estaba débil y quebrantada, necesitaba dormir un rato después de comer, se sentia débil algunas ocasiones, y padecia frecuentes enfermedades.

¡Habia tenido tanto que luchar! Otro hombre habria quizá sucumbido; aquel espíritu terrible y aquel cuerpo de acero, apenas el primero comprendia el fastidio, y apenas el segundo comenzaba á sentir la enfermedad.

Los soldados españoles eran el verdadero reflejo de su espíritu, sufridos y llenos de abnegación como él; pero Chi-

rino y Salazar no podían soportar las fatigas de la campaña, y se sentían desfallecer á la sola idea de continuar por mucho tiempo en aquella vida.

Esperaban la oportunidad de regresar á México, y esa oportunidad presentóselas el mismo Cortés.

Una mañana el conquistador los hizo llamar á su tienda de campaña, que colocada estaba á la sombra de una ceiba gigantesca.

—Señores,—dijo Cortés;—llamado he á vuestas mercedes, porque asuntos muy graves me comunica desde México el Lic. Zuazo, y quiero departir con vuestas mercedes y tomar su parecer, acerca de lo que en el reino ha ocurrido despues de mi salida de allí.

—Puede vuesa merced, señor,—contestó Salazar,—decirnos lo que tanto le inquieta, que si á encontrar remedio no alcanzare nuestra inteligencia, al menos ayudarle podemos con nuestras pobres luces, y con nuestra muy rica voluntad para servir al rey.

—Y tanto mas,—agregó Chirino,—cuanto que casi casi adivinado hemos la causa y motivo de lo que pasa en la ciudad, caso de que sea, como nos suponemos, una desavenencia entre los gobernadores que vuesa merced dejó nombrados.

—Acertado anda en sus conjeturas vuesa merced,—dijo Cortés,—que desavenencias, y grandes, entre los gobernadores, turban el reino y dañan el buen servicio de Su Majestad.

—¿A tanto han llegado las cosas?—preguntó Salazar, disimulando apenas la alegría que tal noticia le causaba.

—A tanto,—contestó Cortés,—fingiendo que no comprendía lo que en el alma de Salazar pasaba,—que en ca-

bildo han llegado á tirar de los estoques Estrada y Albornoz; y si mal de su grado no los hubieran contenido los regidores, quizá á esta hora uno de ellos, ó los dos, hubieran ya dado cuenta en el cielo de sus acciones.

—¡Dios nos ampare!—exclamó Chirinos hipócritamente.—¿Y qué ha pensado del suceso vuesa merced? ¿qué remedio piensa poner?

—Perplejo por demas me encuentro buscando el remedio,—dijo Cortés,—y por eso llamé á vuestas mercedes, esperando que me den con franqueza su parecer.

—Sí que haremos,—replicó Salazar,—aunque en ello, de tropezar tengamos con nuestra modestia y con el temor de ofender á vuesa merced.

—Temor vano,—dijo Cortés;—que tratándose del real servicio, ni la modestia debe ser parte á conteneros, ni en mí el enojo, obstáculo para seguir vuestros consejos, siendo buenos: habladme con franqueza.

—Pues es el caso,—dijo Salazar poniéndose un tanto pálido,—que como tal desavenencia ya esperábamos, ha tiempo que hemos departido sobre ella y su remedio, en caso de que á estallar llegase, y para entonces dispuesto teníamos ofrecer á vuesa merced nuestras personas y servicios, comprometiéndonos ambos á marchar á la ciudad, y en nombre del rey y de vuesa merced, poner paz y arreglo en los negocios de la colonia; volviendo despues á su lado, para si en algo (que no creo) pudiéremos ser de alguna utilidad.

Cortés escuchó á Salazar; cambió con la rapidez de un relámpago una mirada con D^a Marina, que en la misma tienda y escuchando la conversacion estaba; y luego, inclinando la cabeza, apoyó su frente en ambas sus manos, y quedó meditando largo rato.

Chirino y Salazar se miraban entre sí con inquietud, sin atreverse á interrumpir el silencio.

—Bien está,—dijo Cortés de repente;—mañana partirán vuestas mercedes para México; en esta noche escribiré las órdenes y las instrucciones, y espero ver mañana temprano á vuestas mercedes.

—Cumpliremos lealmente con los encargos de vuesa merced,—dijo Salazar levantándose;—por ahora, nos permitirá retirarnos para hacer nuestros preparativos.

—Perfectamente; pueden retirarse vuestas mercedes, y Dios os guarde.

—Lo mismo decimos, contestaron los dos, y salieron de la tienda.

Donde el sagaz lector descubrirá que un nuevo personaje se mezcla en los asuntos de esta historia.

DABAN las once de la noche—¿adónde?—alguna vez tendremos que aclarar este punto. Baste saber que era muy entrada la noche del 3 de Enero de 1525. Un silencio casi pavoroso envolvía con las sombras la ciudad de México, y el viento (ese tesoro de los narradores de cosas lúgubres) lanzaba dilatados mugidos, haciendo estremecer las puertas y crujir los techos.

Dos nuevos ruidos vinieron á mezclarse á los de la noche. Unas pisadas que resonaron á lo lejos, y casi al mismo tiempo el rechinar de una ventana que se abría sobre la calle. A poco las pisadas se hicieron mas sonoras; una lámpara tenida por un brazo asomó por la ventana, y apagada inmediatamente por el aire, su pábilo se deshojó como una flor, dejando volar algunas chispas que se perdieron en las tinieblas.

—Por el rabo de Lucifer!..... dijo una voz de hombre; la noche está de perros.....